

EL FIN DEL "STAR-SYSTEM"

MARILYN

¿QUE LA CELEBRIDAD PASARA?. BIEN, QUE PASE. ADIOS, CELEBRIDAD, TE HE TENIDO Y SIEMPRE SUPE QU NO VALIAS GRAN COSA. PARA MI HABRAS SIDO, AL MENOS, UNA EXPERIENCIA. PERO NO ERES MI VIDA.

M. M. ("Life", 3-VIII-1962)

CADA año, al comenzar la temporada cinematográfica de verano, vuelven a las pantallas españolas una serie de películas olvidadas, que consiguieron éxitos fabulosos en el momento de su proyección en estreno. Casi siempre, aparte del tema, cuenta para el nuevo lanzamiento de estas películas la presencia al frente de su reparto de una figura legendaria en el mundo del "star-system", de un monstruo sagrado, de lo que hoy llamaríamos un ídolo. Se reponen películas de la Garbo, de Gary Cooper, de Errol Flynn, de Ginger Rogers y Fred Astaire. El cine, basado durante decenas de años en la explotación del culto a la estrella, juega la carta que le dio los mejores resultados en su época más próspera económicamente, y al no tener en la actualidad figuras capaces de competir con las de aquellos días, intenta recuperar parte del mer- **SIGUE**



Los años de la guerra de Corea marcaron la máxima popularidad de la Monroe. Era todavía una Marilyn sin decantar, producto de los laboratorios de los grandes estudios cinematográficos, que asumía por completo el papel que le había sido encomendado. Su actuación en los campos de batalla de la península asiática, ante los soldados allí destacados, llenó las páginas de todos los periódicos de la época. Y su imagen típica era la que muestra la foto de la derecha: boca eternamente abierta, cabello rubísimo y peinado sin una irregularidad, actitud sugestiva...

por CESAR
SANTOS FONTENLA



ASI...

...RESOLVI MI PROBLEMA



VANGUARD

EL TELEVISOR NO SUPERADO



Seguro que usted conoce a más de una...



No apueste que no, porque perdería.

¿Sabe por qué?

Es que resulta que existe más de una Gordon's. (Inglesas todas, sí; pero también americanas, neocelandesas, brasileñas... y, ahora españolas). Tal vez en uno de sus viajes, cuando en Francia se deleitaba con una copa de Ginebra Inglesa Gordon's, estaba bebiendo Ginebra Inglesa Gordon's destilada en Méjico.

¿No lo sabía?

Es una historia de mercado, demanda y buenos servicios.

La sociedad productora de Gordon's no podía atender con una sola destilería todos los pedidos, y por eso ha ido montando hasta doce destilerías en distintos continentes. Pero usted, cuando bebe Gordon's, siempre bebe la misma: auténtica Ginebra Inglesa Gordon's.

TANQUERAY GORDON



«Niagara» fue la primera película que contribuyó a hacer de Marilyn una estrella. Aunque compartía la cabecera del reparto con Jean Peters, y aunque su personaje estaba todavía sin perfilar nitidamente, en la muchacha que, con su espectacular traje rojo se interponía en el camino de «la pareja ideal», había ya algo más que una «vampa» al estilo imperante.



Ya casada con Miller, Marilyn quiso cambiar de aires. Intervino en la producción de «El príncipe y la corista», en Inglaterra y para dirigir e interpretar el film contrató a sir Laurence Olivier. El resultado fue un fracaso, del que sólo se salvó la extraordinaria actuación de la Monroe, muy por encima del academicismo que presidía el mediocre conjunto.



A las órdenes de Cukor, excelente director de actrices, Marilyn interpreta «El multimillonario». Escoge como oponente, siempre llevada de su veneración por todo lo que sea europeo, a Yves Montand. Miller colabora subrepticamente y ocasionalmente en el guión. El film no fue bueno, pero resulta inolvidable el número musical de Cole Porter «Mi corazón pertenece a papá».



«Vidas rebeldes» fue su último film, con guión de Miller y dirección de Huston. La crítica se ensañó con él, como por otra parte estaba haciéndolo ya, regularmente, con cuanto Marilyn hacía. En la foto, todo el equipo: Montgomery Clift, Clark Gable, Eli Wallach, Arthur Miller y John Huston. Gable moría poco después de terminarse la película.

cado perdido recurriendo a las exhumaciones. Lo que aquí sólo se produce esporádicamente con la llegada del calor se está convirtiendo en otras países en una norma. Los ciclos por géneros o estrellas están a la orden del día en París y Roma. Y si Garbo sigue siendo el mito máximo en este sentido ello se debe a que también lo fue en el momento de su máxima vigencia. Para iniciar esta serie de reportajes dedicados al análisis de las personalidades y consiguientes condicionamientos de las estrellas que marcaron el punto máximo de la atención, nadie mejor que Marilyn. No sólo por el hecho de que, precisamente en esta semana, se cumplan los tres años de su muerte, sino porque en ella se han resumido y casi sublimado, a una escala más accesible a nosotros en cuanto que más contemporánea, todas las coordenadas de la víctima propiciatoria de un sistema que, asumido al principio, no puede pretenderse rechazar impunemente.

NO se trata, naturalmente, en el caso de Marilyn, de volver sobre su infancia, sobre sus comienzos, sobre sus maridos... De todo esto se ocupó exhaustivamente la prensa internacional a lo largo de su vida y con ocasión de su muerte. De lo que supuso su desaparición también. Última representante en activo del «star-system», a una escala mítica a la que no llegan ni la Loren, ni la Cardinale ni siquiera la Taylor, Marilyn fue, en el terreno de la simbología —sexual y de otro tipo— el último producto acabado de los laboratorios de Hollywood. Pero, más consciente o más rebelde que otras criaturas fabricadas con arreglo a similares procedimientos, quiso luchar contra su creador y, dada la desigualdad de las armas a disposición de ambos bandos, pereció en la empresa. Su caso es, por ello, doblemente significativo. Ante la oportuna retirada de una Garbo o la digna permanencia de una Dietrich, puede caber una postura de aceptación del sistema. Ante la muerte de Monroe no cabe sino una actitud de repulsa a todo lo que la provocó. Si Greta sigue disfrutando de popularidad quizá lo deba a su retirada tanto como a sus películas. Marlene es un mito diferente al que fue, aunque lo sea en función de lo que fue. Pero Marilyn ha demostrado, con su desesperado gesto final, que, en las coordenadas del mundo actual, es imposible asumir la condición de mito.

ES cierto que, en el principio de su carrera, se prestó a todas las exigencias de la productora. Sus célebres «salidas», fabricadas o no, no tienen nada que ver con las frases inteligentísimas que, sobre cualquier tema, pronunció cuando empezó a sentir la necesidad de liberarse. Y no se diga que tal necesidad no se exteriorizó en sus películas, recorriendo al pintoresco argumento de que, hasta el final, siguió exhibiendo sus encantos en lugar de convertirse en esa especie de ser asexuado que muchos consideran que debe ser «una verdadera actriz». Marilyn no tenía miedo del sexo. En la entrevista publicada por «Life» la víspera de su muerte declaraba: «Todavía hay una cosa que me gustaría proclamar. Nacemos siendo criaturas sexuales, gracias a Dios, y es lamentable que tantas personas desprecien y repriman este don natural. El arte, el verdadero arte, nace de esto... todo... Nunca he comprendido perfectamente esas historias de símbolo del sexo. Siempre he creído que los símbolos (aquí hacía un juego de palabras con «symbol» y «cymbal») eran esas cosas que se hacen chocar unas contra otras. Pero he aquí el inconveniente: un símbolo sexual se convierte en un objeto. Detesto ser un objeto. Sin embargo, si tengo que ser símbolo

MARILYN



En 1954, cuando estaba casada con Joe Di Maggio, Marilyn, interrogada por la revista «Pageant» sobre los hombres que consideraba más interesantes, situaba a Arthur Miller en segundo lugar, después de Michael Tchekov. «Es uno de los raros dramaturgos contemporáneos que hayan logrado expresar nuestra época», decía de él. El 29 de junio de 1956 se casó. Luego el divorcio, la muerte de la actriz. Y tras un largo silencio de Miller, el estreno de «Después de la caída»...

de algo, prefiero serlo del sexo que de varias otras cosas cuyos símbolos también existen». Y tampoco la preocupaba, en absoluto, el ser una mujer en un mundo de hombres. Por el contrario, a una pregunta en este sentido, respondía: «No me molesta en tanto que, dentro de él, yo siga pudiendo ser una mujer». Lo que sí constituía una obsesión para ella era el darse cuenta de que se estaba convirtiendo en un objeto, en una mercancía. Sin tener una conciencia política clara, sus ideas, en este sentido, sí lo eran. Y las expresó siempre que tuvo ocasión de ello, aunque, como es lógico, no le beneficiara el hacerlo: «Nunca me he considerado como una mercancía que se vende y se compra. Por el contrario, existe una gran cantidad de gente que nunca me ha considerado de otro modo, incluida cierta firma cuyo nombre no diré...». En el fondo de todas estas declaraciones, como de tantas distribuidas a lo largo de la entrevista citada y de otras, y de las que existe una inteligente selección, publicada en forma de diccionario en la revista «Positif», número 48, Marilyn no hacía sino expresar, en su particular lenguaje, toda una teoría de la alienación. De una alienación asumida voluntariamente primero y padecida después hasta sus consecuencias más extremas.

POR ello me parece tremendamente injusto el tratamiento del personaje en la obra de su ex marido Arthur Miller «Después de la caída». Al estar concebida la pieza como un monólogo autojustificativo, los personajes que rodean al central le preocupan solamente en cuanto que su proyección sobre el mismo contribuye al proceso que al autor le interesa. Y no cabe el atenuante de que, evidentemente, la época de convivencia de los que se llamó «la inteligencia y la belleza» debió ser algo bastante semejante a un infierno. Si ello ocurrió debió ser gracias a ambos. Pero de que Marilyn no era un

mero producto de la Naturaleza, un simple y bello animal abocado únicamente al éxito, da testimonio su misma actitud respecto a Miller en sus momentos más críticos. «Un día dijeron de mí que estaba liquidada, que era el fin de Marilyn Monroe: cuando Miller fue juzgado por ultraje al Congreso. Se negaba a dar los nombres de aquellos de sus amigos susceptibles de tener relaciones con los comunistas. Un director de sociedad vino a verme y me dijo: «Si no logra vencer a su marido, está usted acabada». Le contesté: «Estoy orgullosa de la posición adoptada por mi marido. Le seguiré hasta el fin». En el fondo, estar acabada debe ser un consuelo. Debe sentirse una como un corredor de cien metros que ha cortado la cinta y se dice con un gran suspiro: «Ya está, se acabó». De hecho, nunca se termina nada. Siempre hay que volver a empezar, siempre».

DE la repercusión del personaje Marilyn es innecesario hablar. Sus películas, y a través de ellas su evolución como actriz y como mujer, están todavía recientes. La evolución de la crítica a su respecto también, desde los ataques de la primera época al reconocimiento de su talento en sus últimas películas, con el colofón del homenaje universal con ocasión de su muerte, de la que se ocupó desde el «Osservatore romano» a la prensa situada más a la izquierda. La representatividad de su caso sirvió para dejar en claro la posibilidad —por no decir la necesidad— de la aniquilación del individuo sometido a una estructura económica que lo convierte en mercancía. Sobre ello se escribió largamente, en estas mismas páginas —TRIUNFO número 10— entre otras. «La industria del cine debería conducirse a nuestro respecto —decía Marilyn— como una madre cuyo hijo acaba de salvarse de un accidente de automóvil. Pero, en lugar de apretarnos contra ella y consolarnos, nos castiga».

(Fotos archivo)